



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI
FOROS DE LITERATURA

FORO: ALREDEDORES DE NUESTRA LITERATURA DE HOY

“La creación literaria de los últimos años en Venezuela. La novela y el cuento venezolano. Situación de nuestra literatura de hoy. Lo contemporáneo y urbano como ambiente literario”.

XI Congreso de Investigación de la Unimet

Del 23 al 27 de mayo del 2016

Karl Krispin

Karl Krispin

La literatura no constituye un calco de la realidad, una mimesis verificable. Por lo contrario le hace una parodia a lo físico, a lo existente desde su perspectiva atemporal. La literatura es una rebelión frente a lo que nos rodea que termina planteándole su contrasentido en el sentido más estricto. Es como aquel título de Lewis Carroll, lo que vive a través el espejo y no un mero reflejo. Si buscáramos una similitud en el cosmos, la literatura la representan los agujeros negros, la antimateria, la abstracción que flota junto a la realidad. Hay algunos críticos literarios que han pedido verosimilitud a la literatura. No son más que rellenadores de formularios académicos. La literatura tiene su propio espectro, guarda sus apariencias muy particulares para tener espacios medibles por las escuadras de los constructores de formalidad. Se trata como sostiene Ricardo Piglia respecto a la obra de Borges: No de plantearle realidades a la ficción sino ficciones a la realidad. Más que una estratagema lúdica, esto implica desdeñar tanta verificación y proclamar el asueto de una contabilidad de lo corpóreo para armar espacios imaginarios que nunca hemos visitado antes y que nos expiden un certificado de residencia sin necesidad de ser puntuales. Las páginas que leemos nos piden que las visitemos sin relojes, cédulas, salvoconductos, barómetros o medidores de temperatura. Lo único que se nos solicita es tener imaginación.

Desde hace un tiempo vivimos un tiempo provechoso para la literatura venezolana. Hacía bastante que nos planteábamos, escritores y lectores cuándo se produciría el encuentro de los factores necesarios para esta coincidencia: un numeroso y ávido público lector, una producción literaria vigorosa, unas editoriales que se hicieran eco de esa producción, más allá de los problemas puntuales de los insumos y una cadena de distribución y venta interesada en el fenómeno, si bien los últimos tiempos han hecho decrecer la producción de libros físicos por todo el tema económico bien conocido. Con esto intento decir que de esta coincidencia puntual se da esta hora lúcida. Adicionalmente a lo anterior, atestiguamos el nacimiento de publicaciones especializadas en el tema literario y desde la Internet toda una batería de portales y

blogs vienen detonando la discusión. Que no se interprete esto en ejercicio de ninguna arrogancia generacional que sentencie que ahora es cuando hay narradores en nuestro país. Los ha habido y muy valiosos siempre pero quizás faltaba que las editoriales, el público y las librerías reservaran un puesto al mismo tiempo en esta mesa. Quien haya asistido a las ferias de lectura de nuestra ciudad, por más modestas que sean, entenderá el sentido de esta alineación simultánea.

Después del debate

Es muy probable que el intenso debate y la destrucción institucional y moral que han sacudido a la sociedad venezolana a partir de 1999, en primer lugar solicitaron claves para entender la sociedad devastada, y que impulsara la publicación de un sinnúmero de artículos y ensayos y, finalmente, libros alrededor de las grandes interrogantes nacionales y del peligro a que venía siendo sometida y sigue siendo sometida nuestra democracia. Quizás las editoriales y el público se dieron cuenta de que no sólo existían voces que clamaban por hacerse un puesto en la interpretación de un momento de nuestra historia, sino que otras voces para nada secretas o a lo mejor algunas secretas, querían recurrir al ejercicio narrativo como una forma de concretar una expresión. Y con esto tampoco se sostiene que la narración tenga como un marco de referencia exclusiva a la realidad. La literatura le hace morisquetas y trampas a esa misma realidad pero también puede disponer de ella. Fue un efecto dominó, muy favorable, para que finalmente hiciéramos fiesta con la escritura.

Escritores urbanos

La reciente literatura venezolana no conforma una generación: es que tal vez ni siquiera un grupo que se retrata en familia. En primer lugar porque se trata de una reunión disímil en edades, perspectivas, temas, obsesiones, recurrencias e individualidades. El espacio en común luce sin embargo incuestionable: el telón de fondo de la ciudad. No olvidemos que la lucha con la palabra se inicia desde la primera persona del singular. Tampoco cabe establecer que estamos frente a la nueva narrativa venezolana, con lo que de inicial se expresa en el concepto, porque hay escritores que tienen suficientes horas de vuelo en este trajín. Probablemente lo novedoso es que los manuscritos hayan abandonado las madrigueras para comenzar a circular atendiendo a que existe un interés por publicarlos y leerlos. Y tal vez lo que nos anime en la fotografía de este instante, sea la vocación de hacer de la palabra y sus posibilidades un modo de cohabitar con lo que irreductiblemente somos. De otra parte la tecnología ayuda para más que individualizar la creación y materialización de la publicación. Hoy hasta podemos prescindir totalmente del mundo de la realidad para refugiarnos en el mundo virtual que parece una invención misma de la literatura. El libro digital da la posibilidad de que nos desentendamos hasta de las editoriales para directamente colocar el libro en la red. Ya no hay excusa posible para ocultar la palabra.

Listas y antologías

Muchas publicaciones han elaborado las listas de los escritores de nuestros días. En los días en que magníficamente existió, la revista **El Libroero** dedicó un número a estos particulares. Las varias antologías de cuentos de Alfaguara disparan una instantánea sobre un momento actual del cuento venezolano. Toda enumeración será siempre irremediablemente acusada de cualquier cosa y casi nunca la ponderación media en estos saldos por parte de sus críticos. En toda suma se invocarán las restas pero de lo que se trata es que nos empeñemos en la progresión y en seguir reafirmando la palabra como una posibilidad hacedora. Los nombres de los narradores más actuales que podemos mencionar son los siguientes: Alberto Barrera Tyszka, Rodrigo Blanco Calderón, Lucas García, Luis Felipe Castillo, Juan Carlos Chirinos, Luis Laya, Sonia Chocrón, Roberto Echeto, Salvador Fleján, Rubi Guerra, Karl Krispin, Gustavo Valle, Israel Centeno, Miguel Gomes, Roberto Martínez Bachrich, Eduardo Sánchez Rugeles, Adriana Villanueva, Eduardo Cobos, Fátima Celis, Oscar Marcano, Javier Miranda Luque, María Celina Núñez, María Angeles Octavio, Norberto José Olivar, Juan Carlos Méndez Guedez, Fedosy Santaella, Francisco Suniaga, Héctor Torres, Federico Vegas, Leopoldo Tablante, Slavko Zupcic, Armando Luigi Castañeda, Milagros Mata Gil, Boris Izaguirre, Ana Teresa Torres, José Tomás Angola Heredia, Manuel Acedo Sucre. Si ha quedado alguien por fuera, complétese esta lista que conoce de su limitación. Conste aquí igualmente que no tengo visado para ingresar en la república de los poetas.

No sé para qué es útil la literatura en una de esas mediciones relámpago con la que los pragmáticos se llenan la boca, pero sí sé para qué sirve el silencio: Para ocultarnos el rostro y para incomunicarnos como individuos, como creadores y hasta como sociedad. Si de algo valen los libros, y en particular los de literatura a lo mejor sea para alguna salvación individual, de una índole intransferible pero con la certeza de que es necesaria para librarnos de tanta realidad. Todas esas frases que amonedamos internamente finalmente nos otorgarán un adictivo placer para desdecir o parafrasear lo que nos circunda. Y por ventura podemos ahora formar nuestra propia colección entre nosotros mismos para hacernos un puesto, modesto o como se quiera, entre las voces de nuestra lengua.

Lo contemporáneo como mismidad

La primera novela venezolana fue *Los mártires* de Fermín Toro, un dramón en la sociedad industrial inglesa. Luego vendría la novela criollista del idilio amoroso entre una campesina y un ingeniero como *Peonía* de Manuel Vicente Romero García o del pesimismo del artista fracasado ante una sociedad que no lo comprende *Ídolos rotos* de Manuel Díaz Rodríguez. El maestro Gallegos sigue teniendo un pie entre la ciudad, el llano y la selva y nos advierte pedagógicamente que debemos escoger entre civilización o barbarie. Con la llegada del petróleo sucede un cambio paradigmático en todos los órdenes y que fue advertido temáticamente por los escritores venezolanos quienes

aleccionan, como nadie, sobre esta mudanza de piel en los usos culturales de Venezuela. La literatura venezolana incorporó la transformación de la llegada al petróleo como un protagonista estelar. La literatura hace su maleta y se muda del campo a encontrarse con el obrero y el campo petrolero. Este cambio de una sociedad vernácula a otra universal, moderna y americanizada, llena las páginas de Julián Padrón, Ramón Díaz Sánchez, Miguel Otero Silva. La primera novela de Uslar es sobre la Independencia con lo que no corría con su tiempo. En el imaginario colectivo que se impuso como costumbre al juzgar nuestra literatura, es que estábamos referidos a Gallegos y Uslar. Cohabitaron con esta reducción otros como Guillermo Meneses, Adriano González León, Pancho Massiani, Salvador Garmendia. El famoso *boom* ni nos tocó.

De frente a la ciudad y a lo urbano, la literatura de nuestros tiempos ha cambiado de señas. Ya no tenemos que ultimar cuentas con una literatura diseñada en el pasado con eso tan pomposo como los grandes temas nacionales, con la civilización, con la barbarie, la necesidad de incorporar el discurso histórico, los textos del hombre que llega a la ciudad, la novela del petróleo, las pavadas de la revolución, la lucha política y todos esos referentes mayúsculos que seguramente discutirán desahogadamente académicos de todo pelaje y uña. No, la literatura de nuestros días es de escritores ciudadanos y ciudadanos que han encontrado en la urbe un modo de afirmar su mismidad con lo contemporáneo y con todo lo que ello implica. Hay un aire de polución urbana en la literatura de nuestros días. El anhídrido carbónico, el tráfico, la persecución y ahogo de la ciudad, el vértigo del asfalto, la incomunicación, la violencia, la esperanza, la soledad, el sexo, el amor, son ahora nuestros vecinos en este condominio de la literatura venezolana cada vez con más entusiastas y menos morosos.